



Carmelitas JS

Unidos
para
transformar

Comunión de vida para la misión

Sumario

Portada		
Editorial	<i>Hna. Juana Dolores Mañón Quiñones, ctsj</i>	3
Pizarra Artística	Hermanas Carmelitas Teresas de San José <i>Hna. Dania Margarita Rodríguez Zorrilla, ctsj</i>	4
Las Fundadoras Hoy	Un acercamiento a la comunidad de vida de las Madres Fundadoras <i>Hna. María Irene Sastre Juez, ctsj (España)</i>	5
Hemos Visto y oído	Comunión: un valor que fortalece nuestra comunidad <i>Hna. Emelia Reséndiz de Santiago, ctsj (México)</i>	8
Desde nuestro Derecho	La comunión desde el Derecho <i>Hna. Dania Margarita Rodríguez Zorrilla, ctsj (España)</i> <i>Hna. Juana Dolores Mañón Quiñones, ctsj (España)</i>	10
Al aire de los místicos	Teresa de Jesús nos enseña a vivir la comunión de vida <i>Hna. Constanza Andrea Farías Banto, ctsj (España)</i>	12
Tema comunión de vida para la misión	Comunión de vida, una cuestión de amor para fecundar la misión <i>Hna. Lisdey Marcela Sierra Cárdenas, ctsj (Colombia)</i>	15
Formación Permanente	Comunión de vida para la misión. Unidos para transformar <i>Hna. Nubia Amparo Zapata Castaño, ctsj (Mozambique)</i>	18
Misión Compartida	Comunión de vida para la misión <i>Hna. Ángela María Zuluaga Ospina, ctsj (España)</i>	22
Cultura Vocacional	Comunión y pastoral vocacional <i>Hna. Aba Rose Boah, ctsj (España)</i>	24
Entrevista	Ecos de sabiduría <i>Hna. María Consuelo Ortiz Ortiz, ctsj</i> <i>Hna. Esther Natal Abella, ctsj</i> <i>Hna. María Josefa Santos Sampedro, ctsj</i> <i>Hna. Trinidad Sanz Román, ctsj</i> <i>Hna. Belarmina Natal Abella (Felicidad), ctsj</i>	26
El Humor	<i>Hna. Alma Lidia Rodríguez Zorrilla, ctsj.</i>	27

Editorial

Hna. Juana Dolores Mañón Quiñones, ctsj



“**Ponerse en camino**”, esa es la llamada que el Papa Francisco hace a toda la Iglesia al convocar el Sínodo sobre la Sinodalidad.

El Papa Francisco nos habla a menudo de una Iglesia en salida, de periferias por descubrir, de ‘otros lugares’ donde situarnos para una nueva fecundidad. Nos interpela con frecuencia a un nuevo éxodo: de nosotros mismos, de nuestros pequeños mundos, de esquemas rígidos o ilusiones teóricas, para habitar los horizontes, para vencer la globalización de la indiferencia, para hacernos concretamente próximos a los afligidos y marginados.

Somos un pueblo en camino, con estilo sinodal, es decir, asumiendo lo que significa la Sinodalidad, a través de tres realidades fundamentales: la comunión, la participación y la misión.

La comunión que tiene sus raíces más profundas en el amor y en la unidad de la Trinidad. Todos tenemos un papel que desempeñar para discernir y vivir el llamado de Dios para su pueblo. Se trata de continuar la senda de la renovación de la Iglesia propuesta por el Concilio Vaticano II. Camino de comunión, que es, a la vez, un don y una tarea.

La participación es un llamado para que todo el Pueblo de Dios se comprometa a escucharse profunda y respetuosamente bajo la guía del Espíritu Santo. La intención del papa Francisco es que la Iglesia entera participe en la búsqueda de métodos en pos de la Sinodalidad, es decir, para conseguir que de manera real y efectiva todos los bautizados, Papa, obispos, sacerdotes, consagrados y laicos caminen juntos en comunión y fraternidad.

Este proceso Sinodal tiene una profunda dimensión misionera. Su objetivo es permitir a la Iglesia que pueda testimoniar mejor el Evangelio, especialmente con aquellos que viven en las periferias espirituales, sociales, económicas, políticas, geográficas y existenciales de nuestro mundo.

Vivamos esta experiencia como un tiempo de gracia, como una oportunidad de avanzar hacia una Iglesia sinodal; una Iglesia en salida, en diálogo con la realidad y abierta a la novedad de Dios y recordemos que la finalidad del Sínodo es “*hacer que germinen sueños, suscitar profesías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular la confianza, vendar heridas, entretejer relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un imaginario positivo que ilumine las mentes, enardezca los corazones, dé fuerza a las manos*” (PD, 32)



Pizarra artística

Hna. Dania Margarita Rodríguez Zorrilla, ctsj

Comunión de vida

Para la misión



Un acercamiento a la comunidad de vida de las Madres Fundadoras

Hna. María Irene Sastre Juez, ctsj



A veces, muchas veces, me gustaría tener una “mirilla del tiempo” para poder colarme de refilón en aquella primera Comunidad de Hermanas que dieron origen a nuestro Instituto y poder contemplar así, desde un silencio hecho escucha, la vida que fluía, necesariamente a raudales, entre las paredes de aquellas casas en las que vivieron nuestras dos Teresas, Catalina, Dolores, sin olvidar nunca a la abuela Magdalena, las primeras Hermanas y las primeras niñas que iban llegando.

Mirilla no, pero algunas referencias escriturísticas sí poseemos; éstas serán los valiosos testimonios que nos ayudarán a profundizar sobre la “Comunión de vida para la misión” a la que nos insta el XXVII Capítulo General. En concreto, para acompañar nuestra reflexión, utilizaremos las Constituciones de 1883 y el testamento de la M. Teresa Toda. Hemos de tener en cuenta, eso sí, el lenguaje y la situación histórica y religiosa

en la que fueron escritos ambos documentos.

“Permaneced ocultas como las violetas”

¿Qué es lo que sucede detrás de la puerta de una casa? ¿Qué se cocina en los aposentos de un hogar? Las paredes, los visillos, las persianas... son elementos que ocultan la vida de cualquier persona, de cualquier familia y la reducen a la intimidad de quien habita en ella. A veces, incluso se está muy atento a que las cortinas estén bien echadas porque se considera una especie de violación de la intimidad familiar el que trascienda al exterior una imagen, una vista de cualquier escena cotidiana o festiva del interior de la vivienda. Y más en una ciudad.

En el hogar de las Teresas se vive un auténtico ambiente de familia. Es muy dicente que el capítulo VIII de las Constituciones primitivas se titule “*Del trato doméstico*”¹. Una lectura detenida del mismo nos revela el grado de amistad-fraternidad que se vive entre las Hermanas y que se expresa a través del respeto mutuo, el diálogo abierto y constructivo y la recreación cotidiana. Ponen nuestras Fundadoras especial énfasis en velar por la paz y el buen ambiente comunitario cuando nos piden “*evitar disputas y altercados*”, a la par que conjugar la modestia, el candor y la dulzura

en el trato con la alegría, la gravedad y la utilidad. En los tres últimos números de este capítulo las Madres nos avisan de que la calidad del ambiente de familia puede verse mermada, cuando no muy deteriorada, si se nos olvida cuidar la buena fama de las Hermanas, o nos da por hablar más de la cuenta de lo que no debemos u olvidamos el buen y sano ejercicio de la corrección fraterna al estilo del Evangelio.

En el hogar de las Teresas hay una madre. Nunca ha sido fácil el papel de progenitora y no le debió resultar fácil a Teresa Toda ejercer de madre en aquella sociedad del s. XIX. Papel de las madres es dar vida, relacionarse con cariño y afecto con sus hijos, olvidarse de sí en favor de sus retoños, llenarlos de besos y abrazos, alegrarse de sus éxitos, sufrir con sus defectos y fracasos, amarlos siempre y especialmente cuando más débiles y frágiles se muestran. Bien podría ser esta experiencia de maternidad vivida por nuestra Fundadora (sin olvidar la presencia de la abuela Magdalena) la que fundamente el ambiente de familia que nos caracteriza como Institución y la que nos quiere transmitir e invita a reproducir el texto del capítulo titulado “*De la caridad*”² de las primeras Constituciones.

En el hogar de las Teresas se respira colaboración, coordinación y orden siempre en función de la

¹ C 1883, VIII

² C 1883, X, 1. 2.

vida comunitaria. El “sonido de la campana”³ les recuerda que el quehacer personal está supeditado al encuentro, que las decisiones individuales quedan relegadas por la importancia de la convocación a vivir en comunidad y a su buena organización⁴.

En el hogar de las Teresas se cuida a las Hermanas, con su nombre y apellido. Llama la atención que, al hablar del voto de castidad, invitando a vivir sobriamente y en comunión eclesial,⁵ se ponga un especial cuidado en atender las necesidades personales de quienes, bien por salud, bien por trabajo, precisan de alimentos especiales de los que ha de tener especial cuidado la Superiora. Es cada Hermana con su propia forma de ser y de obrar la que hace comunidad.

En el hogar de las Teresas se comparten y cuidan los bienes. Son las exigencias de una pobreza que se ha vivido y por la que se ha optado⁶. Lo que se trae al poner el pie en la casa se pone al servicio de todas, lo que se gana con el trabajo personal y comunitario está a disposición de lo que pueden precisar las Hermanas, y las necesidades personales han de pasar el examen de la moderación y la acomodación a los pobres. Las casas de las Teresas no han de hacer ruido al caer⁷.

En el hogar de las Teresas se cuida la formación. Conscientes de que no basta con lo aprendido en la escuela, en la primera Comunidad de CTSJ se vela por la formación de las jóvenes que quieren compartir vida y misión con ellas⁸ y se pide a las Hermanas que estudien y se instruyan para poder desarrollar su labor educativa con preparación y soltura. Sin embargo, la formación más importante de cada Hermana es la del corazón y a ella han de dedicar muchos momentos cada día, personal y comunitariamente⁹ en trato directo con el Señor.

En el hogar de las Teresas se anhela una utopía. Las Madres Fundadoras acunaban un gran deseo, su meta era *“aspirar a la propia perfección”*¹⁰ que no es para ellas otra cosa que *“manifestar que están animadas de los sentimientos y afectos de Nuestro Señor Jesucristo, de la Purísima Virgen María, del glorioso Patriarca San José y de Santa Teresa de Jesús”*¹¹. Para lograrlo, nuestras Teresas nos invitan a procurar *“mantener siempre ardiente dentro de su corazón aquel celo por la gloria de Dios y salvación de las almas”*¹² que nos afirman, ha ayudado a tantos santos en el seguimiento total de Cristo. En la casa de las Teresas, Cristo era un miembro más del hogar, el más importante porque es el espejo en el que mirarse cada mañana para *“portarse*

*bien”*¹³ o lo que es lo mismo, para ser de verdad mujeres de Dios.

“Embalsamad el ambiente con vuestra virtud”

Fácilmente, en el contacto con los niños y jóvenes a los que acompañamos, conocemos qué es lo que ocurre dentro de la puerta de sus casas por el modo de actuar y las opiniones que expresan los menores. Y es que *“nada hay oculto que no quede manifiesto, y nada secreto que no venga a ser conocido y descubierto”*¹⁴. Por ello, lo que se vive dentro de aquella primera Comunidad de CTSJ se expresa fuera en el trabajo y relaciones sociales que las Hermanas mantienen al exterior.

El hogar de las Teresas tiene una misión. Impresiona constatar el interés que expresa la M. Teresa Toda en su testamento¹⁵ porque se *“continúe la buena marcha de mi obra comenzada para gloria de Dios y salvación de muchas almas”*. Nos expresa así, claramente, que toda su vida no ha tenido otro fin, no ha sido otro su deseo, sino alabar a ese Dios que ha sido tan misericordioso con ella y que todos cuantos se relacionen con el Instituto descubran, experimenten y gocen de esa misma misericordia, especialmente sus/nuestras niñas. Es el deseo de colaborar con Cristo en *“extender el Reino de Dios”*¹⁶ el fin para el que es creado nuestro Instituto, la razón por la que,

³ C 1883, V, 6.

⁴ C 1883, VIII, 3.

⁵ C 1883, VI, 4. 6.

⁶ C 1883, VII, 1. 5. 6.

⁷ Camino de Perfección, 2

⁸ C 1883, II, 6.

⁹ C 1883, XI

¹⁰ C 1883, I, 1

¹¹ C 1883, IV, 1

¹² C 1883, IV, 6.

¹³ C 1883, II, 4; III, 4.

¹⁴ Lc 8, 17.

¹⁵ AMDC, págs. 249 - 251.

¹⁶ C 1883, I, 1

convocadas a cultivar la comunión de vida, nos implicamos afectiva y efectivamente en la misión¹⁷.

El hogar de las Teresas desarrolla su misión con una metodología propia. Bajo el epígrafe de *"Del Espíritu de las Hermanas Teresas de San José"*¹⁸, nuestras Fundadoras nos piden formar en nosotras un carácter y espíritu propios cultivando en nuestra vida las virtudes de sencillez, humildad, mansedumbre, mortificación y celo por la salvación de las almas. Es su modo de ser "buen olor de Cristo"¹⁹, la forma personal y comunitaria con la que resplandecer para embalsamar el ambiente de nuestra misión.

El hogar de las Teresas tiene privilegiadas. En el testamento, la M. Teresa Toda pide continuar la obra para el bien de las niñas huérfanas y pobres²⁰ y en las primeras Constituciones nos hablan de obras de caridad y beneficencia²¹, especialmente, la acogida de huérfanas. Esta preferencia las lleva a abrir la puerta de su casa a las pequeñas, compartiendo y sufriendo su misma suerte²² como con nosotros lo hizo Cristo hasta llegar a la cruz.

Hoy siento que la mirilla se ha convertido en una lupa. El espíritu que irradian las pequeñas letras de los documentos analizados se ha convertido, en este siglo

XXI, en una prioridad de Congregación, de Hermanas, desde donde podemos *"capacitarnos para vivir los valores comunitarios desde la fe y expresarlos en la misión"*²³.



¹⁷ XXVII Capítulo General, pág. 31

¹⁸ C 1883, IV

¹⁹ 2 Cor 2, 15

²⁰ AMDC, págs. 227-228

²¹ C 1883, I, 1

²² C 1883, IV, 5

²³ C 8

Comunión: un valor que fortalece nuestra comunidad

Hna. Emelia Reséndiz de Santiago, ctsj



“Yo soy la vid; ustedes los sarmientos” Jn.15,5

“Yo soy la Vid y vosotros los sarmientos”. El Evangelio, con pocas palabras, nos revela una de las realidades más hondas de nuestra vida cristiana: el misterio de nuestra inserción en Jesús por la gracia. Estamos unidas a Él con un vínculo tan profundo y vital como los sarmientos están unidos a la vid.

Nuestra comunidad, de Hogar Teresa Guasch – Hogar de la Niña y la Joven de Querétaro, está integrada por las Hermanas María Lucía Castrillo, Trinidad Sanz Román, Esther Natal Abella, María Guadalupe Velázquez Hernández, Esmeralda María Blanco Rodríguez, Rosa Nelly Pérez Hernández, Esther de León de Santiago y Emelia Reséndiz de Santiago, y creo que la imagen de la vida nos ayuda a entender y dar sentido al misterio de la comunión.

Es posible vivir la fraternidad cuando permanecemos unidas a Jesús. Él es la verdadera vid y nosotras los sarmientos. Nuestra

vida espiritual, nuestra comunión, nuestro seguimiento, no se puede comprender sin esta unión con la persona de Jesús, que es siempre para nosotras la verdadera vid. De Él recibimos la fuerza, la vitalidad y el amor. Los sarmientos no son autosuficientes, sino que dependen totalmente de la vid, en donde se encuentra la fuente de su vida.

Esta bella imagen de la vid y los sarmientos expresa muy bien nuestra experiencia de comunión. Todas las partes de la vid son importantes: las raíces, las ramas y el tronco se unen a un todo: un sólo árbol, el cual vive gracias a cada una de sus partes. Un árbol sin sus raíces no podrá alimentarse ni sobrevivir por sí mismo. Gracias a sus raíces el árbol puede crear hojas, flores y frutos. Sin la unidad al tronco, el árbol nunca podrá sobrevivir por sí mismo. Esto es lo que vamos experimentando en el interior de la comunidad, es decir, la comunión es como el tronco del árbol. En este tronco están todas las Hermanas que formamos la comunidad, y que vivimos diferentes etapas: las Hermanas mayores son la savia de la comunidad, ellas, con su entrega generosa de muchos años de vida consagrada, nos enseñan que vale la pena ser fieles y estar muy unidas a la vid que es Jesús. Con su ejemplo de vida silenciosa, orante, sacrificada, coherente, reflejan el amor de Dios que es “comunión”. También están las Hermanas más jóvenes, que aportan entusiasmo y son signos de vida nueva en la comunidad.

Cuando pensaba en la experiencia de comunión que vivimos como comunidad y de cómo podría compartir esta experiencia, venían a mi mente reflexiones de Iglesia, de la Congregación, que nos ayudan a explicar el misterio de la comunión, pero desde mi experiencia sencilla en la vida cotidiana he encontrado la clave de la comunión, en el amor. La vida fraterna no es obra nuestra sino don de Dios. Su gracia pasa a través de nuestra persona limitada. Esta experiencia de Dios cercano, que va llenando de sentido lo que parece incomprendible, que moviliza nuestras entrañas de misericordia y ternura ante la necesidad de los otros, es la experiencia que nos ha tocado vivir en los dos últimos años. Como comunidad hemos vivido situaciones muy difíciles, en las que nuestra esperanza ha sido puesta a prueba y en las que hemos tenido que hacer frente a situaciones inesperadas que, no sin gran dolor, nos han obligado a reinventar nuestra manera de vivir la comunión. No solo la pandemia nos ha provocado, como a todos, momentos de incertidumbres y de cambios, también nos ha tocado muy de cerca la enfermedad. A dos de nuestras Hermanas les ha tocado vivir momentos de suma fragilidad física. Momentos muy duros en los que el Señor nos ha regalado la gracia de saber estar, de acompañar, ayudar y ser Hermanas.

Recordando la frase de San Pablo, insistiéndonos en cuál debe ser nuestra actitud de comunión: *“Así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada*

miembro está al servicio de los otros miembros” (Rm 12,5; 1 Cor 12). Él nos explica lo de la pluralidad y la unidad: El cuerpo no es un único miembro, sino muchos... Ciertamente los miembros son muchos, pero uno sólo es el cuerpo. Cada parte de nuestro cuerpo, como las células, tienen una función específica que es permanecer unidas al cuerpo porque tienen un objetivo en común: vivir como un todo. Sin embargo, en ocasiones se presentan células egoístas y rebeldes, que no tienen este mismo propósito. Estas células, pueden ser células cancerosas que se resisten a mantenerse

unidas porque no quieren perder su individualidad y actúan por propia cuenta. Con el tiempo esto afectará la salud y la calidad de vida, intentarán romper el equilibrio y la armonía del organismo. En nuestra vida comunitaria pasa lo mismo, muchas veces se manifiestan nuestras fragilidades más profundas. Frente a esta realidad el Papa Francisco nos dice: “...ustedes están llamados a convertirse en “expertos” de la misericordia divina, precisamente a través de la vida en comunidad. Por experiencia, sé que la vida comunitaria no siempre es fácil, que es un campo de entrenamiento providencial

para el corazón. No es realista esperar no tener conflictos, las incomprendiones surgirán seguramente y deben ser afrontadas. No obstante, estas dificultades, hemos sido llamados a crecer en la misericordia, en la paciencia y en la perfecta caridad viviendo dentro de la vida comunitaria”.

En nuestra pequeña parcela se vive el valor de la comunión en los detalles de la vida cotidiana, cuando compartimos la oración, la fraternidad y el apostolado. En el entramado de la vida se hace palpable el valor de la comunión.



La comunión desde el derecho propio

Hna. Dania Margarita Rodríguez Zorrilla, ctsj

Hna. Juana Dolores Mañón Quiñones, ctsj



El Concilio Vaticano II presenta la vida religiosa con un acento especial en la fraternidad como elemento a partir del cual se entienden los otros que la definen y constituyen. La comunidad es un elemento irrenunciable de la vida religiosa, es el lugar donde se vive el discipulado y se gesta la novedad del Reino para ser revelada y transmitida a la humanidad.

La comunidad es el ambiente vital en el que se vive la llamada del Señor y desde donde se realiza cualquier actividad evangelizadora: «Desde su ser, la vida consagrada está llamada a ser experta en comunión, tanto al interior de la Iglesia como de la sociedad» (Aparecida, 218)

La comunión es fundamental en nuestro estilo de vida como consagradas. Nuestras Constituciones contienen varias referencias sobre este tema, las cuales nos indican rutas a seguir para vivir este ideal evangélico.

a) Iconos de comunión

Acerquémonos a los iconos bíblicos de comunión que nos presenta el Derecho Propio:

La Trinidad: “A imitación de Jesucristo que es uno con el Padre y con el Espíritu, debemos ser unas con Ellos y entre nosotras, amándonos mutuamente como el Señor nos amó.” (C 46) El modelo de la comunión trinitaria es la más alta expresión de comunión que se nos puede presentar. La vida comunitaria es la esencia de la vida consagrada, y hunde sus raíces en el misterio mismo de la comunión trinitaria. (VC 41)

La vida comunitaria en la vida consagrada sólo puede ser entendida como la vida de comunión de la Trinidad, de la que está llamada a ser reflejo, presencia y sacramento.

La primitiva comunidad cristiana: “Siguiendo el ejemplo de la primitiva comunidad cristiana, que tenía un solo corazón y una sola alma” (C 46), nuestras comunidades están llamadas a hacer visible la caridad fraterna y la acogida de unas a otras. Los primeros cristianos vivían la comunión fraterna hasta tal punto que constituían un signo elocuente y atractivo de unidad y caridad. La gente se quedaba asombrada al ver a los cristianos tan unidos en el amor, tan dispuestos a la entrega y al perdón mutuo, tan solidarios en la misericordia. Para nosotras, las Carmelitas Teresas de San José, la comunidad de vida es parte esencial de nuestra vocación, hemos sido llamadas a vivir

en comunión para manifestar el precepto del amor y la común misión apostólica. (D 81)

A semejanza de las primeras comunidades cristianas que lo tenían todo en común, nuestro Instituto trata de vivir la comunicación de bienes. El compartir era un signo de verdadera fraternidad en las primeras comunidades. Se trata de hacer realidad la circulación de bienes materiales y espirituales, expresados en la solidaridad y el compartir entre nosotras y con los pobres, teniendo con ellos las delicadezas de una verdadera caridad. (Cf. C 26).

La Familia de Nazaret, es icono de unidad, de ternura, de mutua aceptación, de vida sencilla, humilde y trabajadora, en la que Jesús constituye el centro. Así querían nuestras Madres Fundadoras las comunidades. Comunidades con aire de familia, donde se comparta la vida con sus alegrías y sus pesares. (Cf. C 47 y D 94)

Hemos de contemplar a cada uno de los personajes de la familia de Nazaret: su diversidad, la pluralidad de funciones, sus carismas específicos, la unidad y la comunión que crean, la libertad con la que actúan, el proyecto de vida que siguen. Ellos nos pueden comunicar claves interesantes para crear la comunión de vida.

Una faceta que nos inculcaron nuestras Madres Fundadoras fue el amor a la pobreza y a los pobres. Querían que nuestras comunidades fueran pobres y sencillas, como se vivía en la familia de Nazaret, pero a la vez abiertas a las necesidades de los demás y confiadas en la providencia divina. (Cf. D 45).

b) Itinerario de comunión

El Derecho Propio nos presenta un itinerario para vivir la comunión de vida como camino procesual de crecimiento humano y espiritual.

Lo primero que hemos de considerar es que antes de crecer como cuerpo en comunión tenemos que arraigar en nosotras la convicción de que hemos sido convocadas por el Señor por pura gracia. Este fundamento nos da la certeza de la iniciativa de Dios en cada persona.

Convocadas por el Señor

Hemos sido convocados gratuitamente por Jesús, y no para buscar a través del grupo la propia realización personal, sino para profundizar y vivir los valores evangélicos del Reino. El Papa Francisco nos recuerda que su amor nos precede, su mirada se

adelanta a nuestra necesidad. Él sabe ver más allá de las apariencias, más allá del pecado, del fracaso o de la indignidad. Sabe ver más allá de la categoría social a la que podemos pertenecer. Él ve más allá esa dignidad de hijo/a, tal vez ensuciada por el pecado, pero siempre presente en el fondo de nuestra alma. Él ha venido precisamente a buscar a todos aquellos que se sienten indignos de Dios, indignos de los demás. Y nos invita a dejarnos mirar por Jesús, dejemos que su mirada recorra nuestras calles, dejemos que su mirada nos devuelva la alegría, la esperanza.

La conciencia de la convocación nos revela la verdad de que somos hijos de un mismo Padre y, por lo tanto, hermanos unos de otros. Una convicción nos conduce a la otra.

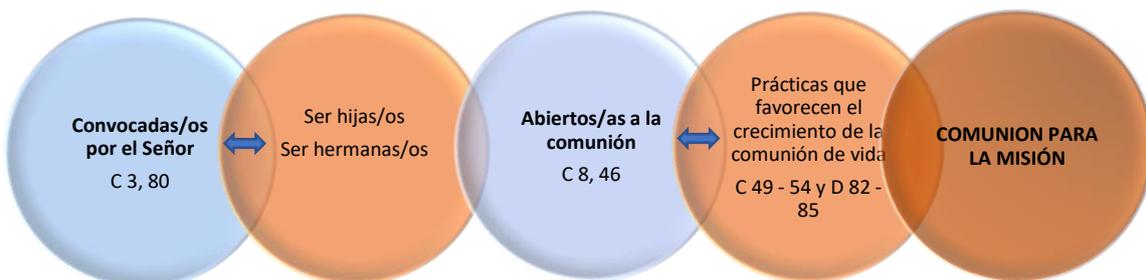
El Derecho Propio nos afirma en la verdad de que la llamada de Dios es don, es iniciativa del Padre que recibimos como invitación que parte de su predilección amorosa. (Cf. C 80).

Abiertas/os a la comunión

En nuestras comunidades hemos de promover la comunión de vida que va más allá de reformar reglamentos y de proyectos comunitarios. Se trata de pasar de una vida en común a una comunión de vida, que implica la conversión personal y comunitaria. (Cf. XXVII CG pág. 20)

La comunión de vida se va realizando y fortaleciendo con prácticas que favorecen el crecimiento de la persona en todas sus dimensiones. Con el sólido cimiento de la fe, la comunión adquiere fundamento y sentido.

Tenemos muchos medios que favorecen el crecimiento en la comunión de vida. Una Carmelita Teresa de San José tiene que estar capacitada para vivir los valores comunitarios, desde la fe y expresarlos en la misión (C 8), porque todo el esfuerzo que realizamos en nuestras comunidades para hacernos expertas en comunión, no se agota en la comunidad. El grupo comunitario debe ser la fuerza animadora que nos impulse a salir e ir más allá de las fronteras, a la periferia, allí donde el reino de Dios necesita ser vivido y proclamado. (Cf. XXVII CG pág. 21).



Teresa de Jesús nos enseña a vivir la comunión de vida

Hna. Constanza Andrea Farías Banto, ctsj



Nuestras Disposiciones del XXVII Capítulo General nos recuerdan que la comunión de vida para la misión *“consiste en un proceso transformador que pone al servicio de la fraternidad nuestras vidas, vivencias, todo nuestro ser. Está centrada en la Palabra que se hace liturgia, compromiso sacramental. Esta experiencia de fe compartida ofrece el fundamento y sentido a todos los miembros de la comunidad misionera que los lleva a abrazar el mundo como don de Dios y en amor transformarlo por Él”* (XXVII CG, p.31)

Esta segunda prioridad, cuyo objetivo es promover la comunión de vida desde una actitud de conversión personal y comunitaria permanente, puede ser perfectamente iluminada desde la doctrina teresiana. Teresa, centró su vida en el Evangelio y exhortó a sus hijas con las siguientes palabras: *“aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar”* (CV 4, 7). Ciertamente ella nos puede dar herramientas para acoger estos profundos

cambios estructurales y para que nos impliquemos de manera afectiva y efectiva en la misión.

Teresa, una mujer centrada en el Evangelio

Teresa no tuvo acceso a la Escritura, pero tuvo un profundo conocimiento de los Evangelios. La misma Santa lo relata en el libro de la Vida: *“su Majestad ha sido el libro verdadero donde he visto las verdades”* (V 26, 5).

Teresa quiere que vivamos la oración como un trato de amistad con Dios; que pongamos la mirada en Jesús; que meditemos con los misterios de su vida; que Él sea nuestra escuela viva de la Palabra. Por eso, como bien nos dice la Santa, no podemos desentendernos de la Humanidad de Cristo.

Recordemos también que nuestras Constituciones nos dicen que *“una Carmelita Teresa de San José es una mujer con una fuerte experiencia de Dios, que impulsa toda su vida hasta tener a Cristo como valor absoluto de su existencia”* (Constituciones 8). Por eso debemos seguir orando, profundizando en la persona de Jesús y en la Palabra, pues son medios que no sólo nos ayudan a conocernos a nosotras mismas, sino que también nos permiten profundizar en el conocimiento de Dios y en la misión para la que nos ha llamado. Por eso, no podemos dejar de cultivar este trato de amistad que nos lleva a configurarnos con

su forma de ser y de sentir; una amistad que enciende en nuestros corazones el amor que nos lleva a preocuparnos por los intereses de Cristo, a querer implicarnos en sus proyectos y de responder con fidelidad al llamado.

Teresa vivió un encuentro personal profundo con Cristo, y eso es a lo que la Santa nos quiere invitar: que vivamos un trato de amistad con quien sabemos que nos ama (cf. V8, 5). Por eso, no podemos descuidarnos. Tenemos que poner la mirada en el Señor, dejar que la Palabra toque nuestros corazones y nos interpele para que como Teresa nos preguntemos qué podemos hacer por Dios (cf. V 32, 9).

Teresa una mujer que nos enseña que es posible y bello vivir juntas

El origen de la comunidad está situado en la llamada del Señor (cf. Mc3, 13). Teresa lo sabe muy bien y lo ha dejado plasmado en sus escritos. Por eso, tomando como referencia los textos teresianos he querido recoger algunos elementos esenciales que nos ayudan a comprender la importancia de la fraternidad en la Vida Religiosa.

Por experiencia, la Santa es consciente de que la convivencia no es sencilla, y que en ocasiones se pueden dar situaciones que podrían desvirtuar el motivo de por qué el Señor nos ha reunido: bandos que pueden dañar la fraterni-

dad o el trato poco maduro entre las religiosas (cf. CV 7, 8-9).

Por eso en reiteradas ocasiones nos recordará que la vida fraterna gira en torno al Señor, que Él nos ha convocado y nos acompaña. De esta manera Teresa entiende que la comunidad es el pequeño colegio de Cristo (cf. CE 20, 1). Ciertamente esto nos exige vivir desde el centro de la vida que es Jesús.

Con el fin de favorecer y potenciar las relaciones entre las hermanas nos habla de la importancia de cultivar la humildad, el desasimiento y el amor: *“Solos tres cosas me extenderé en declarar... la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo creado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas”* (CV 4,6-7).

Humildad: Teresa quiere que nos olvidemos de nuestra honra porque está conectada con lo falso. Para Teresa la honra no es un valor evangélico, por el contrario, es grandísima mentira, y causa mucho daño en las comunidades, pues por honra se pueden destruir las relaciones fraternas si nos colocamos unas por encima de otras. Por eso la Santa quiere que cultivemos la humildad, porque *“humildad es andar en verdad”* (5M 6, 8). Andar en verdad nos exige conocer nuestros dones y talentos para ponerlos al servicio de la comunidad. De esta manera Teresa quiere que seamos

corresponsables y que valoremos a nuestras hermanas de comunidad, pero tenemos que pedirle al Espíritu que en medio de la diversidad que nos caracteriza sepamos encontrar el punto de comunión. Por eso, la invitación de la Santa es que sepamos reconocer y aceptar con alegría los dones y talentos que el Señor nos regala para ponerlos al servicio; que ninguna se considere más importante que la otra, pues todas somos igual de importantes y responsables, todas tenemos algo que aportar a la vida fraterna.

Desasimiento: cultivar esta virtud nos ayuda a liberarnos de los afectos desordenados y egoístas hacia las cosas y personas. Teresa nos invita a despojarnos de ellos para que podamos acoger a Jesús en nuestro corazón, para que Él sea el absoluto de nuestra vida (Cf. C 8). Sabremos que Jesús es quien reina en nuestro corazón porque nos abrimos al amor, a la acogida, a la aceptación de puntos de vista diferentes a los míos. No podemos olvidar la invitación de Teresa de que todas debemos sentirnos implicadas en la marcha de la comunidad. Esto implica que todas hemos de remar juntas y trabajar para que el sueño de Dios se haga realidad en nosotras.

Amor: Nuestras Constituciones nos recuerdan que *“una Carmelita Teresa de San José está capacitada para vivir los valores comunitarios desde la fe y expresarlos en la misión”* (C 8), y esto sólo es posible desde el amor.

Teresa dedica un capítulo completo de Camino de Perfección para hablar del amor perfecto (cf. CV 5), virtud que como Carmelitas Teresas de San José debemos cultivar día a día para que podamos servir con alegría; vivir relaciones interpersonales más profundas, fraternas y humanas; compartir con otros nuestra experiencia de fe; aceptar la misión a la que el Señor nos ha llamado... Ciertamente, así como estamos llamadas a poner los ojos en Jesús y en su Evangelio, estamos llamadas a que el amor sea el motor de nuestra vida, pues es lo que le da valor y sentido a todo lo que hacemos.

Por otro lado, Teresa nos ayuda a comprender que la comunidad también debe estar implicada en la formación. En las Constituciones que la Santa escribió a sus hijas se aconseja que las prioras tengan buenos libros (Cf. Constituciones 8). Esto nos permite comprender que todas somos responsables, es decir toda la comunidad está implicada en el proceso formativo de cada una de las hermanas para fortalecer nuestra vocación personal y para que podamos dar de lo que somos y tenemos.

Teresa apóstol y misionera

Teresa fue un apóstol incansable, y toda su vida estuvo marcada por el deseo de salvar almas. Ese fue el motivo por el que fundó San José.

La Santa también se preocupaba por las personas, en especial por quienes caían en pecado. Quería que todos llevaran vida virtuosa, que todo lo que hicieran estuviera marcado por el amor a Dios, pues ese era su fin: que todos sirvieran y alabaran al Señor.

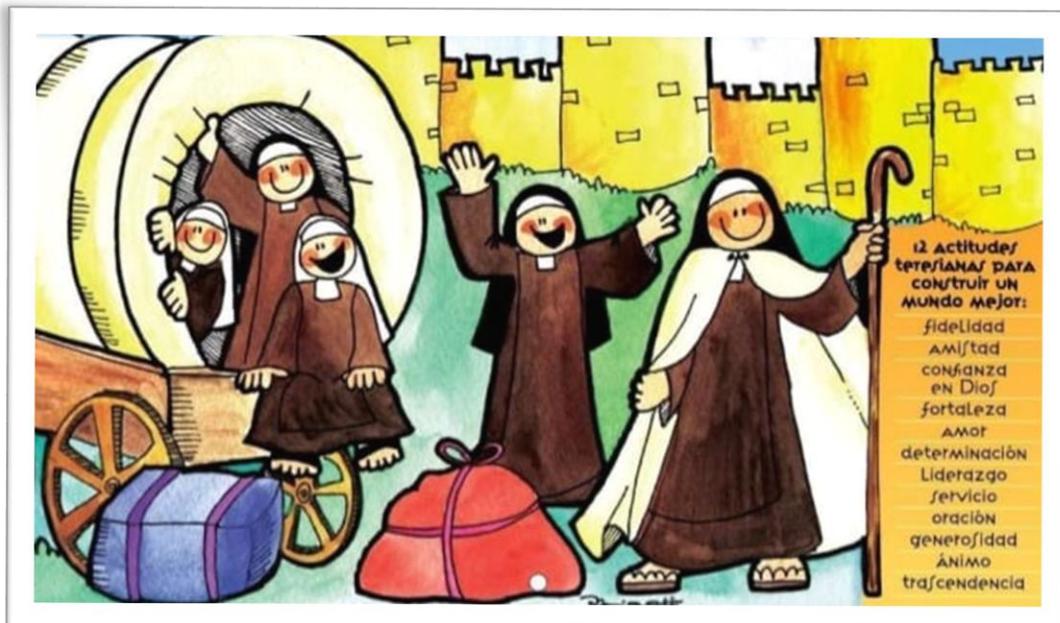
Se preocupaba de que sus hijas, por medio del ejemplo de vida, acercaran almas a Dios. Sin duda esto nos habla de cuán importante es compartir la fe, la vida, la misión con otras personas, pues la finalidad de esto es que otros descubran a Dios, lo conozcan, se acerquen a Él, lo amen y trabajen en la extensión de su Reino.

La pasión con la que vivió Teresa debe movernos a compartir la fe, la vida, la misión con los laicos, no sólo para que se alimenten del carisma que nos legaron nuestras Madres Fundadoras, sino para que también descubran la presencia de un Dios misericordioso.

Esto nos exige ser abiertas, acogedoras, sencillas y solidarias con el prójimo. Al acercarnos a las obras de Teresa nos daremos cuenta de que no se encerró en sí misma, más bien el encuentro con Jesús le permitió ir al encuentro de los más necesitados; hacer algo para que otros conocieran a Dios. Teresa acogió el llamado de vivir con mayor perfección su

vida religiosa, misma invitación que en su momento hizo a sus hijas y que nos sigue haciendo a nosotras: cultivar los valores evangélicos, centrar nuestra vida en Jesús y en el Evangelio, crecer en valores tales como el amor, la pobreza, la confianza en Dios, la humildad, valores que se convierten en testimonio de seguimiento, y que también nos ayudan a ser cercanas y afables.

Finalmente, no podemos olvidar que la misión no la hacemos solas, sino que todas tenemos que estar implicadas en ella, pues *“unas a otras se despiertan y ayudan”* (CV 12, 3), nos dirá Teresa.



Comunión de vida, una cuestión de amor para fecundar la misión

Hna. Lisdey Marcela Sierra Cárdenas, ctsj



“...Alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, adonde no se trata de otra cosa sino de esto” (Camino 8, 1)

Considero que es un atrevimiento de mi parte, hablar de un tema tan exquisito y exigente como es la comunión, en un contexto eclesial y Congregacional hoy. Comunión que hunde sus más profundas raíces en las Sagradas Escrituras, en el espíritu de las primeras comunidades cristianas, hasta el punto de convertirse en uno de los distintivos más fieles de aquellos que se sentían seguidores de Jesús o que tenían la fortuna de ser identificados como cristianos, porque ¡olían a comunión!

Con la convicción personal de sentirme aún en camino, para llegar algún día, a vivir plenamente la belleza de una vida testimoniada desde la comunión, comparto esta reflexión en torno a la segunda prioridad de nuestro Proyecto Apostólico Congrega-

cional: Comunión de vida para la misión, que nuestra Congregación ha tenido a bien acoger, como uno de los valores primordiales que queremos, orienten nuestro seguimiento y apostolado como Hermanas Carmelitas Teresas de San José.

Nuestra Familia Religiosa ha venido sintiendo, hace varias décadas, el llamado fuerte del Espíritu Santo a vivir la Comunión como valor arraigado en la Palabra, que requiere de un proceso continuo de conversión por parte nuestra, en favor de la misión que el Señor nos tiene encomendada. No es casualidad que casi todos nuestros Documentos Congregacionales - por no decir todos- estén matizados por ese deseo constante de caminar en Comunión, o en palabras actuales de la Iglesia: de caminar en Sinodalidad. Nuestro XXVII Capítulo General ha querido entonces prolongar este deseo de vivir la Comunión, dándole un lugar primordial de cara a la misión.

Cuando nos acercamos a la Comunión como una realidad originada en la entraña misma del Evangelio, nada mejor que recordar las raíces que nos dieron vida y que aún sostienen y resignifican la unidad de la Iglesia. En nuestras raíces evangélicas encontraremos siempre la savia preciosa de aquello que no pasa de moda porque viene de Dios, y la Comunión es una de ellas.

Al dar una mirada al origen de la palabra Comunión, nos

encontramos con la raíz griega: koinon que en un primer momento expresaba la relación entre personas que participaban de una misma vida religiosa. Con el tiempo la expresión koinonía se convierte en sentido de comunión, de estar en, permanecer en. El apóstol San Pablo nos ayuda a entender en sus escritos que esta Comunión se realiza mediante la fe, en una misión de vida con Cristo. Pablo usa también la palabra koinonía para indicar la comunión que nace de la cena eucarística.

El orador griego Arístides definía así a los cristianos: *“Socorren a quienes los ofenden, haciendo que se vuelvan amigos suyos; hacen bien a los enemigos. No adoran dioses extranjeros; son dulces, buenos, pudorosos, sinceros y se aman entre sí; no desprecian a la viuda; salvan al huérfano; el que posee da, sin esperar nada a cambio, al que no posee. Cuando ven forasteros, los hacen entrar en casa y se gozan de ello, reconociendo en ellos verdaderos hermanos, ya que así llaman no a los que lo son según la carne, sino a los que lo son según el alma. Cuando muere un pobre, si se enteran, contribuyen a sus funerales según los recursos que tengan; si vienen a saber que algunos son perseguidos o encarcelados o condenados por el nombre de Cristo, ponen en común sus limosnas y les envían aquello que necesitan, y si pueden, los liberan; si hay un esclavo o un pobre que deba ser socorrido, ayudan dos o tres días, y el alimento*

que habían preparado para sí se lo envían, estimando que él también tiene que gozar, habiendo sido como ellos llamado a la dicha". Están dispuestos a dar sus vidas por Cristo, pues guardan con firmeza sus mandamientos, viviendo santa y justamente según se lo ordenó el Señor Dios, dándole gracias en todo momento por toda comida y bebida y por los demás bienes... Este es, pues, verdaderamente el camino al reino eterno, prometido por Cristo en la vida venidera. Y para que conozcas, ¡oh rey!, que no digo estas cosas por mí propia cuenta, inclínate sobre las Escrituras de los cristianos y hallarás que nada digo fuera de la verdad" (ARISTIDES, Siglo II, La Apología).

Y en continuidad con este asomarnos a las fuentes, recordemos lo que plasmaron nuestras Madres Fundadoras en las Constituciones de 1883:

"A fin de que la caridad fraternal y santa unión siempre anime el Instituto y sea la nota distintiva de él, las Hermanas se tratarán con grande reverencia las unas a las otras y con esta reverencia hermanarán la cordialidad y la franqueza. Evitarán con todo empeño las aversiones y amistades particulares; pues uno y otro defecto es origen de las divisiones y ruina de las casas religiosas" (Cap. VIII, 1). En el libro A Merced de Cristo nos hacen la siguiente afirmación de la Madre Teresa Guasch, avalada por numerosos testimonios: *"Darse por Dios a las colegialas y no entregarse por Él a sus*

religiosas sería una inconsecuencia teológica. La Madre Teresa Guasch se lanza, plena de caridad, a todos sus prójimos. Y el más próximo a ella son sus religiosas. Derrama con ellas su caridad con palabras, consejos y obras" (Cap. X, 4)

A partir de esta mirada somera a los presupuestos anteriores, podemos comprobar que somos nosotras como Hermanas, quienes plasmamos el deseo constante y ferviente de vivir la Comunión no sólo como una categoría a estudiar y a evaluar, sino como una médula fundante que nos recuerda si estamos arraigadas en el Señor Jesús, cuando la vivimos o no. El Espíritu mismo se encarga de recordarnos la urgencia de vivirla y nos inspira las maneras adecuadas de hacerla real, visible, creíble.

En el mundo que estamos viendo hoy se ha hecho normal encontrarnos con hermanos que nos dicen abiertamente: "Creo en Jesús, pero no en los cristianos", "las instituciones ya no son creíbles" Frente a hechos como éste cabe preguntarnos, ¿Cómo podemos vivir entonces para que, evangelicemos aun sin palabras? Y es aquí donde parte de la respuesta nos la damos nosotras mismas: Queremos *"promover la comunión de vida desde una actitud de conversión permanente, que nos lleve a comprometernos en la misión"* (Objetivo de la segunda prioridad).

A nivel conceptual tenemos muy claro el camino. La fe anclada en nuestro Señor nos dará la garantía de que estos deseos grandes de llevar a cabo nuestra misión como fruto de una Comunión vivida en el día a día con un corazón sincero de nuestra parte sean en sí mismos un anuncio vivo del Evangelio. Con seguridad que si los hermanos nos ven realmente viviendo las líneas de acción que tenemos trazadas en nuestro PAC: Mujeres dialogantes, amables, comprensivas con los demás, con sentido de convocación, en actitud de apertura, sencillas, solidarias, favoreciendo el compartir de la fe, la vida, la misión y cuidando los procesos vocacionales de hermanas y laicos, se sentirán seducidos por el buen olor del Evangelio.

Comunión de vida, cuestión de amor para fecundar la misión

¡Comunión preciosa que se traduce en gestos diarios y tantas veces callados y sacrificados en muchas Hermanas nuestras! Comunión tesoro escondido de nuestra Iglesia primitiva y de todos los tiempos que sólo te dejas encontrar por corazones sinceros y pequeños que anhelan vivirte de verdad. Comunión que no esperas grandes acontecimientos para hacerte visible en los pasillos, en la sala de comunidad, en el comedor, en el lavado de los platos. Que cuentas con tus hermanas en lo pequeño y en lo grande sin buscar privilegios. Comunión que sigues viva porque

tienes tan clara la memoria de Aquel que nos recordó: *“Que todos sean uno como Tú Padre estás en Mí y Yo en Ti. Sean también uno en nosotros, así el mundo creará que tú me has enviado”* (Jn 17, 21). Comunión santa tan antigua y siempre nueva. No es nada fácil vivirte y menos anunciarte a

través de nuestra misión. Que en medio de este mundo tan plural podamos alegrarnos y reconocer con un talante positivo y esperanzador que sí es posible vivirte, pues es cuestión de amor. Cuando descubramos, por la gracia de Dios, que sólo el amor nos mueve a comunión, podremos

entonces gozarnos en el Señor, entendiendo aún más por qué nuestra Congregación quiere vivir, en Comunión con pasión misionera; y ¿por qué no? continuar *“Alabándole mucho...que nos juntó aquí, adonde no se trata de otra cosa sino de esto”*.



Comunión de vida para la misión. Unidos para transformar

Hna. Blanca Nubia Zapata Castaño, ctsj



De una vida en común a una comunión de vida para la misión

En el documento *Clamor de vida para la misión. Dejarnos renovar por el Espíritu del XXVI Capítulo general celebrado en julio de 2013*, encontramos los siguientes apartados que apuntan directamente al tema principal de esta reflexión: Comunión de Vida para la misión.

“Dado el recorrido que hemos realizado, humanizar y transfigurar nuestra vida comunitaria, nos lleva a promover en nuestras comunidades una comunión de vida que va más allá de reformar reglamentos, de proyectos comunitarios, itinerarios de distribución y métodos de planificación. Querer pasar de una vida en común a una comunión de vida implica una auténtica conversión personal y comunitaria y se refleja en cambios profundos y estructurales que lleven al compromiso de todos los

miembros de la comunidad a implicarse de manera efectiva y afectiva en este proceso.

La comunión de vida compromete e implica nuestra identidad y estilo de vida como elementos que se exponen con todas sus dimensiones, en un clima de confianza y sinceridad. Se trata de nuestras vidas, historias, vivencias, todo nuestro ser, al servicio de la fraternidad...

La comunión de vida se va realizando y fortaleciendo desde la Palabra que se hace oración, liturgia y compromiso sacramental. Es en la fe que se comparte, desde donde el tramado relacional de los miembros de una comunidad adquiere fundamento y sentido...

La comunión de vida es un proceso transformador de la constitución de una comunidad. Proceso formativo que requiere la convicción de que cada etapa de la vida es una oportunidad de conocimiento, crecimiento y cambio, en apertura a lo nuevo que nos ofrece el encontrarnos con los otros, tras el programa de querer actualizar el Reino de Dios.

La comunión de vida está al servicio de la misión. Todo el esfuerzo que realizamos en nuestras comunidades para hacernos expertas en comunión, no se agota en la comunidad. Por el contrario, la comunidad es fuerza animadora que nos

impulsa a salir e ir más allá de las fronteras a la periferia, allí donde el reinado de Dios necesita ser proclamado”

Poco o casi nada queda por añadir a esta amplia y acertada descripción sobre la comunión de vida para la misión que ya fue tratado en el XXVI C.G. Tal vez en lo que podríamos parar un poco y reflexionar es en nuestra realidad comunitaria actual y tomarnos el pulso. ¿Cómo vamos? ¿Cómo vivimos? ¿Hacia dónde vamos?

Nuestro Derecho habla claro

En el apartado de Vida Comunitaria de nuestras Constituciones, en los diferentes artículos (46-60) encontramos muchas y bellas expresiones sobre lo que estamos llamadas a vivir en comunidad, al estilo de las Carmelitas Teresas de San José. Recordemos algunas de ellas:

Siguiendo el ejemplo de la primitiva comunidad cristiana, que tenía un solo corazón y una sola alma, queremos realizar en plenitud el amor a Dios y a los hermanos, viviendo la fraternidad.

La vida fraterna se significa en la eucaristía, signo de unidad y vínculo de caridad, se cultiva con la oración común en el mismo espíritu...

Aunque nos organizamos en comunidades locales nos sentimos miembros de una familia religiosa en unidad de vocación y en la participación de un mismo espíritu y misión.

La caridad fraterna y la unión entre todas debe animar el Instituto y ser la nota distintiva del mismo.

En la edificación de la comunidad, todas debemos esforzarnos por crear un clima de confianza y sinceridad, que favorezca el dialogo.

A imitación de Cristo y por su amor, aceptaremos los inevitables sacrificios que exige la vida comunitaria, dadas las limitaciones humanas.

Cada una de nosotras debe ser conscientes de que desempeñando el propio oficio con amor, diligencia y responsabilidad, contribuye a crear un ambiente de paz y de armonía, que es signo de la presencia de Cristo entre nosotras y hace progresar la obra y la comunidad.

Formadas e informadas en un tema tan importante como es el tema comunitario, solo nos queda poner en práctica lo que tantas veces hemos “visto y oído”. No es tarea fácil aprender a vivir en comunidad; sin embargo, lo digo con respeto, tampoco tendría que ser una

“disciplina siempre pendiente” como sucede en muchos de nuestros ambientes comunitarios, en los cuales, por nuestras fragilidades personales, parece que nunca acabamos de comprender que fomentar una auténtica fraternidad es deber, compromiso y responsabilidad de todas.

Del Yo al Nosotras. ¡Un puente movedizo!

Hace algunos años, alguien pidió mi parecer sobre la decisión de dejar el Instituto al que pertenecía porque “en ninguna comunidad encontró su espacio” y porque “intentó renunciar a su realización personal en favor del bienestar de la comunidad y nadie se dio cuenta de ello”. La verdad es que no me acuerdo exactamente lo que le respondí a esa persona en aquel entonces, pero ahora que lo pienso veo que es verdad, que encontrar el lugar y el espacio que ocupamos en la comunidad es importante, pero ese lugar y ese espacio se genera a través de la dinámica de cada comunidad y requiere de la participación e implicación personal en el proceso de crecer y caminar juntas. No se trata, creo yo, de ganarse a pulso un lugar y un espacio dentro de la comunidad, se trata de **ser y estar** en la comunidad con la determinada determinación de crear lazos, de construir caminos, de rectificar, de acoger, de acompañar y

dejarse acompañar. El problema nos viene cuando no estamos todas en la actitud de remar hacia el mismo lado, cuando las diferencias de varios tipos, existentes en todo grupo humano, en vez de enriquecernos nos separan, nos enfrentan y nos dividen. Esto es lo que gasta y desgasta la vida comunitaria, no es tanto el excesivo trabajo, las largas jornadas al servicio en los diferentes frentes de misión, que también tienen su peso ¡claro!, pero que se ve compensado, cuando al final del día, el regreso a casa-comunidad es terapia, descanso, tranquilidad y no una tensión, un dolor y una amargura más en la vida.

En este proceso de construir comunidad, pienso que la realización personal juega un papel esencial dentro de la dinámica de la construcción de la comunidad, pero sin querer ser pesimista, me parece que hay una tendencia fuerte desde hace varios años a medirlo todo desde el parámetro de la “realización personal”, no tanto como un sentirse bien y ayudar a que también las otras y los otros se sientan bien, sino en un plan más individualista, el instalarse a veces inconscientemente en cierto hedonismo que solo permite velar por el bienestar propio en todos los sentidos, sin importar mucho lo que la otra o el otro que está al lado viva o deje de vivir. No me parece malo hasta cierto punto, el problema

es cuando vamos buscando por la vida la comodidad de lo que satisface, metiéndole el hombro solo a lo que nos gusta, nos realiza, nos genera placer, nos da bienestar y comodidad y nos olvidamos de que el vivir en comunidad tiene una dosis de sacrificio, de renuncia y de saber posponer lo individual en favor de un bienestar mayor, más humano, más colectivo, más fraterno.

Es aquí donde descubro que existe una especie de puente movedizo entre el Yo y el Nosotras. ¿Cómo estar y sentirme bien, como sentirme a gusto con lo que vivo, con lo que hago, con quienes vivo, con quienes trabajo, con quienes oro y canto todos los días, sin caer en la tentación del egocentrismo, del ponerme siempre en primer lugar con mis prioridades a veces tan bien disfrazadas hasta de “exigencias evangélicas” que acaban generando tensiones desacuerdos y divisiones innecesarias?

Cuando digo puente movedizo me refiero a que no es tan fácil salir del Yo y mis circunstancias al encuentro del Nosotras y nuestra realidad comunitaria; muchas cosas se viven en ese proceso, hasta encontrar el equilibrio entre la búsqueda legítima de la felicidad y la satisfacción personal y la implicación sincera del bienestar comunitario. Estabilizar este puente movedizo en

el que muchas veces sentimos el vértigo de no estar pisando tierra segura, o porque no vemos claro el horizonte al que nos dirigimos, o porque, por alguna razón nos hemos acostumbrado a vivir balanceándonos entre el vaivén de nuestras fragilidades humanas y comunitarias, convirtiéndonos, tal vez sin querer, perdón por la dureza del lenguaje, en personas problemáticas, incapaces de sumar y empeñadas siempre en restar fuerzas, con el agravante de creer siempre que el problema es de la comunidad.

Aquí, queridas Hermanas, no es necesario juzgar ni señalar a nadie; esta reflexión solo quiere ser un instrumento que nos ayude a hacer una revisión personal sincera y serena, de cómo estamos en este aspecto, porque de esto depende el que nuestra misión sea realmente lo que Dios quiere y el XXVII Capítulo general nos mandó reflexionar: *De una vida común, para una comunión de vida para la misión.*

Termino compartiendo algunas luces que he ido vislumbrando en el camino comunitario en este contexto de misión *ad gentes*. Es una especie de decálogo que se me ocurre para expresar que algunas actitudes prácticas y sencillas pueden ayudar a que nuestra vida comunitaria sea más ágil y productiva:

Esto Sí... Aquello no

1. Contar SÍ, cansar no.
2. Realismo SÍ, derrotismo no.
3. Cultivar sueños SÍ, fomentar idealismos no.
4. Implicarse SÍ, entrometerse no.
5. Estimular SÍ, desanimar no.
6. Lenguaje sincero SÍ, frases hirientes y ofensivas no
7. Preocuparse e interesarse SÍ, obsesión de controlar no
8. Risas abiertas y sinceras SÍ, burlas, críticas y malas bromas no
9. Simplificar la vida comunitaria SÍ, relativismos reduccionistas no.
10. Reconocimiento SÍ, indiferencia no.

Se usa mucho la expresión de ser ‘expertas en comunión’, y es bonito, pero a eso hay que ponerle actitudes concretas, me gusta pensar que todas tenemos la capacidad de ser buenas en mantener la alegría y el buen humor en un nivel bien alto, eso significa que nuestra comunidad está saludable. Me gusta también pensar que podemos ser las mejores en saber limar nuestras asperezas, en disipar rencores, en desatar los nudos de malos entendidos, en deshacer sospechas y restablecer la confianza.

Me gusta soñar que las Carmelitas Teresas de San José vamos entendiendo poco a poco que vivir en comunión para la misión significa saber dar razón de lo que hace y vive mi hermana de

comunidad, aunque mi oficio y preocupación sea otra. Y mejor aún, que cada una se sienta responsable de hacer que todas las hermanas sepan y acompañen de cerca lo que hace y vive. Hacer partícipes a las hermanas de comunidad de los dolores y gozos de una determinada acción pastoral no es un favor que le hace a la comunidad, es un deber que tenemos cada una porque lo que hacemos lo hacemos en nombre de la comunidad y no a título

personal y es precisamente eso lo que evita las nefastas “islas solitarias” en las que muchas veces se convierten ciertos apostolados, que generan siempre un malestar comunitario y que de cara al exterior, algunas veces generan ciertas burbujas llamativas que casi nunca llegan a feliz término.

Que el Señor Jesús, que decidió vivir en fraternidad, “llamando a los que Él quiso” para enviarlos

en grupo y de dos en dos, nos inspire siempre el deseo de ser mejores cada día y de abrirnos a la luz del Espíritu, para saber acertar en el camino del despojo de nuestro Yo para que el Nosotras brille con luz propia y seamos ese grupo de referencia que este mundo necesita, para restaurar el rostro fraterno de Dios en medio de la gran comunidad humana.



Comunión de vida para la misión

Hna. Ángela María Zuluaga Ospina, ctsj



Consiste en un proceso transformador que pone al servicio de la fraternidad nuestras vidas, vivencias, todo nuestro ser. Está centrada en la Palabra que se hace liturgia, compromiso sacramental. Esta experiencia de fe compartida ofrece el fundamento y sentido a todos los miembros de la comunidad misionera que los lleva a abrazar el mundo como un don de Dios y en el amor transformarlo para Él”.

Profundizar en esta segunda prioridad contenida en las directrices de nuestro XXVII Capítulo General, nos centra en el **significado de la fraternidad al servicio de la misión.**

Algunos referentes muy sencillos a manera de iluminación tomados en cuenta para esta reflexión serán el **Evangelio**, nuestras **Constituciones**, el documento: **Nuestra Misión** y una breve orientación del **Sínodo de los Obispos** que ha empezado ya con las reflexiones y el camino de preparación a lo que será su celebración en el año 2023.

El Evangelio

Juan 15, 16-17

"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros"

Mateo 28, 19-20

"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo."

Hechos 4, 32-33

"La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía."

Nuestras Constituciones

Es importante, más aún, urgente, vivir la comunión en referencia constante a la misión entre quienes nos han sido confiados:

C.8. Una Carmelita Teresa de San José es una mujer con una fuerte experiencia de Dios, que impulsa toda su vida hasta tener a Cristo como valor absoluto de su existencia. Está capacitada para vivir los valores comunitarios desde la fe y expresarlos en la misión. Una amplia sensibilidad social la motiva desde el Evangelio, a trabajar

por la transformación de la realidad en que vive.

El documento: **"Nuestra Misión"**, nos recuerda algunos rasgos que le dan sentido a la fraternidad vivida en perspectiva misionera:

- La comunidad misionera, aunque implique una unidad física con estructuras y funciones, es sobre todo una unidad dinámica y vital, nacida de la obediencia al Padre y de la reciprocidad personal en la búsqueda y realización de su voluntad misionera. (Cfr NM 4,4)
- La respuesta misionera a servicios concretos en los diferentes momentos de la historia, implica que una familia religiosa como comunidad congregacional viva, genere procesos de apertura para asumir nuevas formas de vivir nuestro carisma de acuerdo a nuevas necesidades. (Cfr NM 5,2)

En la línea eclesial, el Sínodo de los Obispos, a celebrarse en el año 2023 pero que ha comenzado ya su itinerario, estará centrado en el tema de la *sinodalidad*, que expresa la identidad de la Iglesia como Pueblo de Dios en camino, en peregrinación hacia el Reino, subrayando la dignidad común de todos los cristianos y afirmando su corresponsabilidad en la misión evangelizadora. *"El camino de la sinodalidad, es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio"*.

El Papa Francisco en su mensaje inicial expresó dos conceptos en esta dimensión, que fortalecen la intención de nuestra segunda prioridad capitular:

Estamos llamados a la unidad, a la comunión y a la fraternidad.

Por eso, *“caminamos juntos en el único Pueblo de Dios, para hacer experiencia de una Iglesia que recibe y vive el don de la unidad, y que se abre a la voz del Espíritu”*.

Comunión, participación y misión

“Las palabras clave del Sínodo son tres: comunión, participación y misión. Comunión y misión son expresiones teológicas que designan el misterio de la Iglesia, la naturaleza misma de la Iglesia. Ésta ha recibido «la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino» (Lumen

Gentium, 5). *A través de la comunión y de la misión, la Iglesia contempla e imita la vida de la Santísima Trinidad, misterio de comunión ad intra y fuente de misión ad extra.”*

Con base en lo anterior, es claro para nosotras, Hermanas Carmelitas Teresas de San José, que la vida consagrada busca que nos santifiquemos, no individualmente, sino viviendo la fraternidad que se expresa en la comunión, no para nosotras mismas, sino con el fin de abrirnos al contacto con nuestros hermanos a quienes hemos sido enviadas desde nuestra herencia carismática.

Seremos un signo creíble de comunión si, a imagen de la Trinidad, le damos contenido al significado de ser familia religiosa en y para la misión. Dios nos ha creado para la comunión y nos ha llamado a entrar en íntima

relación con Él, pero también nos llama a la fraternidad universal. (VC, nº42). Esta es la más alta vocación del hombre: entrar en comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos.

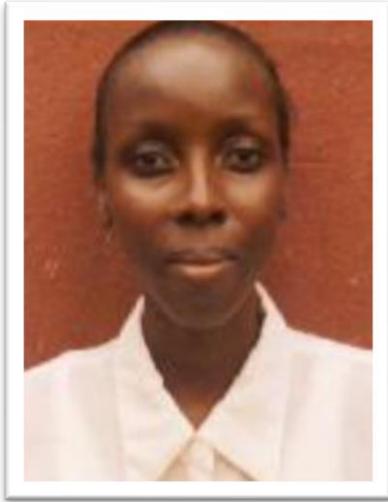
La fraternidad es una vida de amor intenso y de servicio mutuo. Una doble fraternidad nos ha de impulsar a fortalecernos: al interior del grupo, demostrando así que es posible vivir los valores evangélicos, y también realizando la proyección apostólica que nos conduce a atender la misión que nos ha sido encomendada. Son estos signos creíbles del Reino de Dios.

Y para concluir, *“De la unidad de los hermanos emana una gran fuerza apostólica”* (PC, nº15). La fraternidad nos ha de llevar a continuar centrando la vocación recibida en nuestro proyecto de vida y misión compartida.



Comunión y pastoral vocacional

Hna. Aba Rose Boah, ctsj



La Comunión de vida para la misión ¿cómo podemos ir transmitiendo la comunión de vida para la misión?

“Que todos sean uno, como Tú Padre, estas en mí y yo en ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Juan 17,20-21)

Para que sea posible la unidad de la que habla San Juan en su Evangelio, es preciso cultivar la espiritualidad de la comunión. ¿Cómo vivir en comunión con el otro si mis insuficiencias frenan la proximidad, la cercanía, la colaboración, la fraternidad, actitudes que son indispensables para “estar con”?

La comunión es la más alta vocación del ser humano. Todos estamos llamados a estar en relación con Dios y con los hermanos. ¿Quién es mi hermano? No sería la misma pregunta que hace el maestro de la ley en Lucas 10, 29 “¿quién es mi prójimo?” Jesús

responde a la pregunta con la parábola del buen samaritano, dando oportunidad al hombre de encontrar por sí mismo la respuesta. Mi prójimo es *“el que se mostró compasivo con [el herido]. Vete y haz tú lo mismo”*, contesta Jesús. La pedagogía de Jesús es de por sí, un ejemplo de comunión. El da de su tiempo al maestro de la ley; dialoga con él, considera su preocupación sin juzgarle a pesar de su rango social.

En su mandato final, a parte de la pedagogía usada, Jesús nos enseña en qué debe consistir la comunión que todos los cristianos hemos de cultivar, particularmente nosotros los religiosos, que gratuitamente hemos escogido, hacer visibles los rasgos de Cristo pobre, casto y obediente. Esta es la finalidad de la vida consagrada en la exhortación apostólica Vita Consecrata: ser expertos en comunión.

Una comunión que conlleva:

- El amor al prójimo (cercanía, cuidado unos de otros, atención, disponer de su tiempo, acogida...)
- La construcción de relaciones estables basadas en el amor mutuo y la comunicación de experiencias humanas (lo que se vive) y espirituales (del Evangelio).
- La comunicación con las encargadas de la comunión (las diferentes superiores).
- La comunicación mediante las correcciones fraternas apoyada en la misericordia

(cf. Jesús corrigiendo y animando a los discípulos de Emaús).

Una comunión que me enseña a revisar el tipo de lazos que existe entre los miembros de mi comunidad y yo. Reconocer, aceptar a mi Hermana como una de nosotras, como una Carmelita Teresa de San José.

Una comunión que se nutre de la Eucaristía. La participación cotidiana en la celebración que es fuente y cimiento para la comunión. Es la que nutre nuestra caridad fraterna. Puesto que esta comunión exige una profunda reconciliación conmigo misma, con la hermana y con Dios. He ahí la misión de los religiosos, hacer de nuestras comunidades los primeros lugares de misión.

Una comunión que nos exige, recuperar la comunidad y el testimonio. Es decir, el sentido de nuestra elección y convocación para construir la fraternidad. Fraternidad real y evangélica que no se conforma con palabras, sino que exige un compromiso de transformación (cf. FT6).

Habiendo vivido todo lo anterior, aceptándonos, reconociéndonos y amándonos a nosotras mismas como hermanas de la misma comunidad, podemos acoger a los demás. Tal como lo expresa el papa en la encíclica Fratelli Tutti *“fraternidad abierta que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del*

universo donde haya nacido o donde habite” (FT1). Solo así no corremos el riesgo del miedo a que otro entre en nuestros espacios, de abrir puertas porque sabremos cuál es nuestra fuerza y en quién hemos puesto nuestra confianza “en Jesús, centralidad de nuestra vida y vocación”.

Jesús les dijo “vengan y lo verán” Fueron, vieron donde vivía y se quedaron con Él aquel día” (Jn 1,39)

“Es la misión la que convoca la comunión y la comunión la que hace posible la misión” (cf. VFC 2, 7c). Hoy día se perciben muchos evangelizadores, sobre todo aquí en mi tierra. De una parte, el florecimiento de comunidades nuevas y por otra parte grupos evangélicos. Todos afirman que continúan la misión de Jesús, pero ¿de qué misión se trata? ¿una misión que atrae o que cuestiona negativamente? Ahí es donde interviene la verdadera tarea de los religiosos en la Iglesia y en el mundo. “...Fueron, vieron donde vivía y se quedaron con Él”. Así debemos los religiosos, y por supuesto nosotras las Carmelitas

Terasas de San José, transmitir la comunión de vida para que se haga posible la misión.

Volver, en primer lugar, a la esencia de nuestro ser, expresado en el número ocho de las Constituciones: “una Carmelita Teresa de San José es una mujer, con una fuerte experiencia de Dios, que impulsa toda su vida hasta tener a Cristo como valor absoluto de su existencia. Está capacitada para vivir los valores comunitarios desde la fe y expresarlos en la misión”.

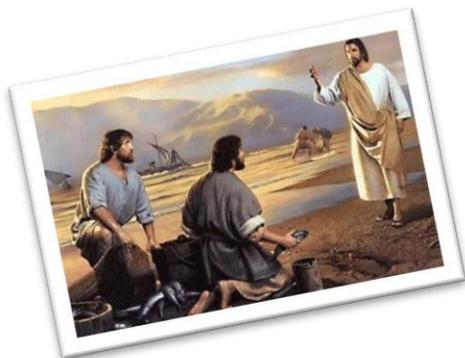
En segundo lugar, abrir nuestras comunidades para acoger todos aquellos que se acercan y desean conocernos sin prejuicios. Compartir con ellos nuestras experiencias comunitarias y apostólicas; estar con ellos dejándoles que huelan el perfume de la comunión que vivimos; orar juntos; que se den cuenta que hemos aceptado plenamente el llamado de reunirnos en una comunión, tal como se traduce en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 4, 20; 6,2-4; 15,28).

En tercer lugar, hacernos presentes en las parroquias colaboran-

do en la misión de la Iglesia. Hemos de buscar tiempo con el fin de compartir con los laicos y jóvenes nuestra fe. Y también, organizar un plan de pastoral vocacional que nos ayude a no vacilar en ir y para que nos sintamos seguros en lo que hacemos.

En fin, urge la necesidad de abrirnos, relacionarnos, arriesgarnos, para salir de nuestro confort. Es cuestión de romper todo aquello que nos bloquea para abrir espacios con los laicos; para conectar con los jóvenes en sus distintas etapas, haciéndonos presente. «Levantaos, no tengáis miedo» (Mt 17, 7). El Maestro nos hace la invitación a no tener miedo. Él está con nosotros y quiere que estemos con los jóvenes. Y la condición para que se queden con nosotros, es para mí el grado de comunión que tengamos en cada comunidad.

Así se realizará lo que dijo Jesús: “vinieron, vieron y se quedaron”. He ahí el verdadero desafío de cultivar la espiritualidad de comunión, primero en el interior de nuestras comunidades.



Ecos de sabiduría



Hna. María del Consuelo Ortiz Ortiz, ctsj de 83 años y 52 de vida religiosa.

Actualmente comparte la vida y misión en la comunidad de la Torre, República Dominicana.

1. ¿Cómo describes la comunión?

Para mí la comunión de vida se vive en la comunidad, donde nos sentimos bien, nos apoyamos mutuamente y desterramos de nosotras toda crítica.

Vivimos la comunión apoyándonos siempre en el amor, en la oración que, aunque una se quede en casa, está en misión si está apoyando a las demás en su trabajo.

2. ¿Cómo la podríamos vivir hoy?

Amándonos mucho.

Sintiéndonos enviadas, sabiendo que tenemos una misión como consagradas y donde quiera que nos manden estamos llevando esa misión.



Hna. Esther Natal Abella, ctsj de 84 años y 64 de vida religiosa.

Actualmente comparte la vida y misión en la comunidad de Plan de Ayala Querétaro Oro.

1. ¿Cómo has vivido la comunión como Carmelita Teresa de San José?

Me he sentido bien y acogida por las Hermanas, cumpliendo mi deber lo mejor posible.

He mirado siempre las necesidades de las demás.

He trabajado siempre para que nuestras obras marcharan y marchen bien y dando testimonio de que Dios nos ama, para que los niños o con las personas que he trabajado se sientan bien. Recuerdo cuando trabajaba con los niños o niñas, cómo disfruté verlos alegres, contentos y disfrutando como niños. Siempre traté de que las actividades que realizaba estuvieran bien hechas y ayudé a que otras lo hicieran también bien, por sencillas que fueran. Para mí, lo más importante es la oración personal, donde la Palabra me cuestiona y me hace

cambiar cuando no hago lo que Jesús quiere.

Hoy disfruto mucho haciendo de jardinera, ver cómo nace una flor, cómo germina la planta, cómo tienen que ver los cambios del tiempo y el agua, el calor, etc. para ver sus brotes.

Disfruto en este sencillo servicio que realizo, ver la casa adornada de plantas, las flores en la capilla o en cualquier otro lugar, y desde ahí, oro, doy gracias y trato que esta experiencia que tengo con la naturaleza, muchas la puedan disfrutar.

2. ¿Qué nos recomiendas para vivir la comunión hoy?

Que nunca se deje la oración.

Centrarnos más en Jesús.

Ser humildes y sencillas, buscando siempre el bien de todas.

Ser respetuosas unas con otras.

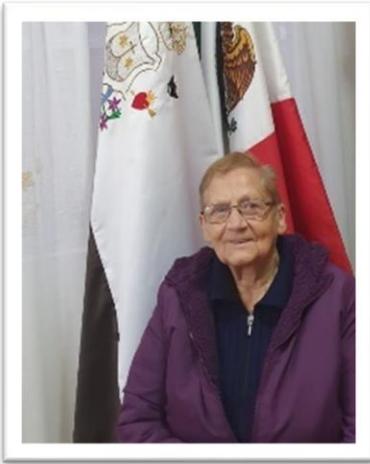
Tener menos dispersión, individualismo porque eso nos separa de los demás y nos descentra de lo que en verdad somos, Carmelitas Teresas de San José.

Que salgamos de nosotras mismas para darnos a los demás, eso nos permite ser más felices.

Hacer todo por amor y acoger a todas las Hermanas como son.

Dar testimonio de acogida en nuestra casa a las personas que llegan en cualquier momento o tiempo.

Y cierro diciendo: AMARNOS UNAS A OTRAS COMO JESÚS NOS AMA A CADA UNA.



Hna. María Josefa Santos Sampédro, ctsj de 91 años y 73 de vida religiosa.

Actualmente comparte la vida y misión en la comunidad de la Ciudad de México.

1. ¿Cómo has vivido la comunión como Carmelita Teresa de San José?

Me he esforzado por relacionarme con todas y en todos los sitios que he estado me he sentido bien.

He tratado de ser responsable en lo que me han confiado y lo he realizado con cariño y esfuerzo.

He disfrutado ver cómo mi trabajo y los dones que Dios me ha regalado han sido disfrutados también en las comunidades, ej: los manteles para la Iglesia y ornamentos que realicé con mucho cariño para todas.

Me he esforzado por vivir mi consagración religiosa desde la oración, que siempre ha sido muy importante para mí.

Cuando en la comunidad he tenido dificultades, me he esforzado por orar más, presentarle al Señor lo que me sucede y he

tratado de dialogar, dejando atrás el momento difícil.

Me gusta servir, y trabajar, no me gusta estar sin hacer nada y ahora que soy mayor, deseo seguir así hasta que Dios quiera.

2. ¿Qué nos recomiendas para vivir la comunión hoy?

Ella nos dice:

Para vivir en comunión, lo más importante es no dejar la oración, porque a través de ella descubrimos lo que Dios quiere de nosotras.

Esforzarnos por hacer siempre el bien a todas, no solo a las que me simpatizan o me caen bien.

Vivir centradas en Jesús como Carmelitas Teresas de San José.

Querernos como Hermanas y perdonarnos siempre que sea necesario.

Tener la Palabra de Dios como lo más esencial, para que, desde ella, sepamos descubrir lo que Dios quiere de nosotras y aceptarnos como somos.



Hna. Trinidad Sanz Román, ctsj de 84 años y 64 de vida religiosa.

Actualmente comparte la vida y misión en la comunidad de Plan de Ayala, Querétaro, Oro.

1. ¿Cómo has vivido la comunión como Carmelita Teresa de San José?

Yo soy consciente de lo que soy. CTSJ. Soy feliz y estoy muy agradecida por la llamada que el Señor me hizo y me hace cada día.

La comunión la vivo desde las cosas pequeñas, en la vida cotidiana.

Valoro muchísimo la vida comunitaria, y me ha ayudado la convivencia con las Hermanas. me siento feliz con ellas, aunque a veces hay dificultades, pero no representan nada, en comparación con todo lo que recibo en la experiencia de fraternidad y comunión.

Me he sentido bien en todas las comunidades que me ha tocado compartir la vida y misión, guardo en mi corazón gratos recuerdos de todas esas experiencias.

Estoy convencida que en la vida comunitaria aprendemos a saber quiénes somos. La experiencia de fraternidad nos ayuda a reconocer el amor de Dios en nosotras y en las otras. En la escuela de la comunión, Dios nos muestra su misericordia, paciencia, ternura, compasión... y esa experiencia nos capacita para vivir esos valores con las Hermanas y con los hermanos.

2. ¿Qué nos recomendamos para vivir la comunión hoy?

Vivir con gozo nuestro ser de consagradas.

Hacer más oración y que esa oración la llevemos a la vida. Hay momentos difíciles en la vida, en los cuales la oración es simplemente: ESTAR, OFRECER CONFIAR, ASUMIR Y AGRADECER...

Pensar en lo otros más que en nosotras mismas.

Acoger la misericordia de Dios para sabernos perdonar, pedir perdón y perdonar a las demás.

Es muy importante acogernos y aceptarnos unas a otras y aceptar lo que venga y como venga.

Saber guardar la espalda de unas con otras.

Confiar en las personas y creer en lo que nos dicen o aconsejan.

Considero muy importante valorarnos y favorecer que todas se sientan queridas y aceptadas como son.



Hna. Belarmina Natal, ctsj (Felicidad)

1. ¿Cómo vives la comunión de vida para la misión?

La vivo desde la centralidad en Jesús, en el trato íntimo con Él desde la oración, con el objetivo de favorecer la fraternidad. Estoy convencida de que la fraternidad me ayuda en el seguimiento a Jesús y en la misión. Esto produce en mí una profunda alegría.

La comunidad da confianza, seguridad para vivir con entusiasmo la misión en lo cotidiano.

2. ¿Cómo podríamos vivirla hoy las Hermanas?

- Desde la acogida, conocernos mejor.
- Desde la confianza y el perdón.
- Desde la presencia, viviendo en profundidad la comunión, siendo luz y esperanza.
- Que nuestra presencia transmita paz.



"Tened todos unos mismos sentimientos, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes"

1 PED 3, 8



Humor

Hna Alma Lidia Rodríguez Zorrilla, ctsj



